

ESTAMOS EN EL BORDE

caroline lamarche



TRÁNSITO

traducido por raquel vicedo



Título original: *Nous sommes à la lisière*

© Éditions Gallimard, 2019

© de la traducción, Raquel Vicedo, 2020

© de esta edición, Editorial Tránsito, 2020

DISEÑO DE COLECCIÓN: © Donna Salama

DISEÑO DE CUBIERTA: © Donna Salama

FOTOGRAFÍA DE LA SOLAPA: Catherine Hélie © Éditions Gallimard

IMPRESIÓN: KADMOS

Impreso en España – Printed in Spain

IBIC: FA

ISBN: 978-84-949095-8-0

DEPÓSITO LEGAL: M-4676-2020

www.editorialtransito.com

Síguenos en:

 www.instagram.com/transitoeditorial

 www.facebook.com/transitoeditorial

 [@transito_libros](https://twitter.com/transito_libros)

Todos los derechos reservados. No está permitida ninguna forma de reproducción, distribución, comunicación o transformación de esta obra sin autorización previa por escrito por parte de la editorial.

ESTAMOS EN EL BORDE

caroline lamarche

«A cada instante, la bestia puede cambiar:
estamos en el borde».

PIERRE GASCAR, *Las bestias*

Frufrú

Hace menos de seis meses que la conozco y es mi historia de amor más hermosa. A veces pienso que está muerta, pero eso no va con su temperamento. Entonces prefiero imaginarla libre, aunque en cierto sentido desapareció. A menos que esté ahí, todo el tiempo, ante mis ojos, entre los demás, en las ondas, el reflujo, bajo el viento que comienza a soplar fuerte y las hojas que caen y se posan. No lo sé.

La llamé Frufrú. Porque es agraciada, se asea varias veces al día, con vivacidad y precisión, un poco torpe del costado izquierdo, el costado herido. Frufrú, porque tiene unos hermosos ojos que te miran un poco de soslayo, atentos y huidizos. Y el cuello como el tallo de una flor. Frufrú porque es nerviosa, lo dijo todo el mundo, hasta Pierre, el director del refugio, hasta Marion, la jefa de los voluntarios. Yo digo que es imprevisible. A ratos cabezota, hace como que no me

conoce. A ratos capaz de correr detrás de mí a una velocidad asombrosa, como si, literalmente, yo tuviera un imán. Sin lugar a dudas, me quiere para ella, es mi voz lo que le gusta, las ondas que emito. Soy una persona tranquila, a la expectativa, podría decirse. Hay gente que adora eso, que la esperen donde ha decidido, o no, ir. Así que en realidad espero mucho, no hago más, en suma, que esperar desde que la conozco, y ahora que ha desaparecido, sólo aguardo su regreso.

Volviendo a los días que pasamos juntos, aclaro que, cuando no estaba ocupada con sus cosas, descansaba en un rincón distinto cada vez. Es capaz de cerrar los ojos en mitad de ninguna parte, con una confianza que contrasta con su agitación en otros momentos. Es muy sencillo, sólo me acuesto con ella. Quiero decir que me tumbo sobre la alfombra del salón o sobre la hierba en pleno día, que me consiento eso: no hacer nada y esperar. Una siesta. Pero una siesta atenta, una siesta al acecho, como quien no quiere la cosa. Entonces ella viene con pasitos prudentes, y después, de golpe, llega el frenesí, la tengo en el pelo, en las orejas, en los ojos, que me obliga a cerrar con fuerza, llueven los golpes, es el amor loco, o a lo mejor no sé nada de eso. A veces parece un castigo, pero un castigo que me hace reír al mismo tiempo que me da ganas de llorar, nadie me ha acibillado a besos hasta ese punto, bueno, a besos a su manera. Parece que así quiera expresar un pensamiento doble: quiero dejarte, pero no consigo hacerlo. Es compleja, a veces tiene ideas extrañas, ideas de persona joven y salvaje que busca su camino entre su mundo y el nuestro. Y eso es todo un trabajo, un trabajo

de discernimiento. Y es ella quien debe hacerlo, decidirlo día tras día. Porque nosotros, con mucho gusto nos quedaríamos con ella para que viniera a picotearnos el pelo, los tobillos y el hueco de las rodillas.

Cuando digo «nosotros», me refiero sobre todo a mí. Vivo solo, pero es *nosotros*. Sobre todo desde que desapareció. Necesito un *nosotros* en mi vida. ¿Todavía quedan *nosotros* en nuestras vidas?

Hay otra cosa. Frufrú es el espejo de mis pensamientos. Es perturbador para mí y puede que para ella, incluso si procuro ser discreto en lo que le concierne. «Procuraba», debería decir. Ser el espejo del otro es emocionalmente agotador para los dos, salvo que yo puedo hablar de ello; yo, que paralicé mi vida por Frufrú durante seis meses con la esperanza de que se curase completamente. Pero eso no sucedió, no del todo, siempre hay algo que va mal desde que se lastimó a sí misma, en el refugio al que llegó siendo muy joven, con otros abandonados como ella, y la prueba es que los confundíamos un poco a todos, pero después comprendimos que ella era la única rebelde, empeñada en salir hasta el punto de hacerse daño sola.

Desde fuera tal vez parezca que yo impedí que muriera, o que se volviera loca. Yo digo que yo fui quien, un poco por casualidad, porque pasaba por allí, comprendió su deseo de ser libre a cualquier precio, y quien acompañó ese deseo, tal vez porque se correspondía con algo en mi interior que estaba, como ella, encerrado. He dicho «pasaba por allí», pero debo decir que a ese «allí» yo acudía puntualmente, en calidad de voluntario. Cuando trabajamos a dúo, Marion

y yo, siempre terminamos más tarde que los demás, porque queremos que todo esté en orden para la noche, no queremos dejar ningún cabo suelto. O sí, si me apuras, la limpieza final, que hacemos a toda velocidad y no siempre con la fregona, sólo una buena pasada con la escoba. Pero lo más importante es su bienestar nocturno, pensar en todo, no arriesgarse a encontrar ningún muerto al día siguiente.

Fui yo quien reparó en sus artimañas, quien vio que sangraba, en el refugio. La cogí en brazos y ¡hop!, inmediatamente la cabeza en mi cuello y besos locos en la oreja. Nadie había visto jamás aquello, parecía que había inventado aquel comportamiento expresamente para mí. Marion me dijo: «Louis, te toma por su madre, llévatela a casa».

Dona no habría dicho eso. Dona, la estajanovista que respeta los procedimientos, a quien algunos, en el foro, llaman Superdona para hacerle la pelota, y que Marion y yo apodamos, entre nosotros, Supermandona. Supermandona no me habría confiado a Frufrú: primero hay que preguntarle a Pierre, esperar a que aparezca durante su visita semanal, rellenar y archivar la ficha, etc., y en el intervalo puede ocurrir que el ave, habiendo agotado sus fuerzas, decida dejar de luchar, decida morir. Poco importa, ella ostenta los colores de su equipo, de sus voluntarios de la mañana, Supermandona, con su permanente teñida y su espesa capa de maquillaje. Ella dice que Marion es demasiado permisiva. Marion tiene el pelo blanco y alborotado y las mejillas un poco rojas de más, Marion no pesa las aves todos los días para ver si han ganado o perdido diez gramos, Marion dice que no vale la pena, que con una vez cada dos-tres días basta, considerando que hay

que colocarlas bocarriba a la fuerza en la balanza que parece una cuna de plástico lisa y fría bañada por la luz del neón, Marion dice que eso las estresa. Ella, Supermandona, sigue exactamente las consignas de Pierre, que sigue exactamente las consignas de la veterinaria que viene una vez por semana a eutanasiar o a enderezar un ala o una pata, y a veces con un ala o una pata vendada o recolocada sabe Dios cómo, el ave no se restablece jamás, y la legislación no permite que las rematemos, es como con los humanos, como en los hospitales; yo llamo a eso ensañamiento, Marion también.

Hay de todo. Está la pequeña golondrina caída del nido a quien las plumas, seis meses más tarde, todavía no le han crecido, que se ha perdido la migración, y que tal vez no vuela jamás. Supermandona oyó decir que si le arrancáramos las plumas, seguramente volverían a crecerle del todo, es una idea que lanzó y que la veterinaria no desmintió, aunque frunció el ceño, «sí, pero atención»... Ella, Marion, dice que a la golondrina hay que dejarla tranquila, que de todas formas el día en que se cansa de estar enjaulada se dejará morir, las aves son así, cuando se hartan, dejan de luchar. Está el pequeño pinzón, ala rota, que ya no volará, pero pía tan alegremente cada vez que nos acercamos a él, como si quisiera conversar, y a mí me encantaría llevármelo a casa en una jaula más grande que las del refugio, lo colocaría cerca de mi ventanal y piaría con él. Están los dos gorriones, que tienen la tembladera desde que los pulverizadores de herbicida selectivo pasaron por los campos: selectivo pero no para las aves, daños neurológicos irreversibles. Lo que no les impide comer, bueno, más o menos, pero eso no es

vida, la tembladera perpetua, parecen supervivientes del gas mostaza, o de la guerra química en Siria. Esos gorriones un día desaparecerán, tal vez sea Pierre quien ponga punto final a su pobre vida, prefiero no preguntar, de todas formas con las aves de los campos es la hecatombe, entre los pesticidas, las cosechadoras perfeccionadas que hacen picadillo los nidos del suelo, el desbrozado de los setos, las construcciones anárquicas en pleno campo, el hormigón hasta el borde de los trigales, mejor paro de contar.

¡Ah! Y está también el cernícalo americano, que entre nosotros llamamos el Simpapeles, ya hace un año y medio que esperamos a que el ministerio le proporcione un certificado que nos autorice a confiárselo a un refugio especializado, donde tendrá más espacio. Se trata de un ave importada clandestinamente que debió de escaparse de su jaula o de la tienda de animales en cuestión, unas personas nos lo trajeron, se hizo un atestado. Se encuentra perfectamente, pero no lo podemos soltar porque se trata de una especie no nativa, la ley dice que no podemos. Si uno mira la ficha que acompaña a cada ave, fijada a la jaula con una pinza de la ropa, pues bueno, a veces ve que llevan ahí dos o tres meses, seis meses en el caso de la golondrina, un año y medio en el del cernícalo, que, evidentemente, poco a poco se ha ido volviendo más ruin. Y nosotros, Marion y yo, pensamos que es demasiado tiempo, que esas aves han perdido las ganas de vivir, y además ¿qué sentido tiene, dado que ya no volverán a volar? Saturan las jaulas, hace falta sitio para las nuevas, y además, eso desmoraliza a los voluntarios, por lo menos a Marion y a mí —a los demás, no sé—, ver a esos tristes emplumados que, con el

tiempo, están cada vez más chalados. Las rapaces, cuando se vuelven ruines, yo digo que es como los humanos cuando una situación dura demasiado tiempo. Los enfermos y los viejos a veces son ruines, y tienen razón y al mismo tiempo no la tienen, porque evidentemente el personal sanitario rebosa abnegación, pero es esta época la que se equivoca, es esta época la que prolonga su vida. Antes rematábamos a los animales heridos, se llamaba misericordia. Ahora ya no se puede matar a ninguno, ni siquiera a una urraca tullida, ni siquiera a un cuervo que se ha vuelto agresivo a fuerza de estar cautivo, y que es dañino en cualquier caso, porque sabemos perfectamente que las urracas y los cuervos se comen los huevos de las aves e incluso a veces a los pajarillos. Y las palomas, las palomas no hacen daño a nadie, pero hay tantas en todas partes, con sus enfermedades y sus cacas sobre los monumentos históricos, que la ley prohíbe que las soltemos después de curarlas, entonces ¿qué hacemos?

Un día, Supermandona y su equipo de la mañana advirtieron que todas las palomas habían desaparecido, esas palomas malolientes y tristes. Pierre vino y dijo que había tenido que hacerlo, rematarlas: epidemia de psitacosis. Muuuuuy contagiosa. Incluso para los humanos. Ella, Marion, piensa que Pierre también estaba harto de las palomas que saturan las jaulas, y que vino por la noche, después de su trabajo de verdad, y que despachó a toda la banda. La veterinaria debía de ser su cómplice, esos dos se entienden bien, misma edad y todo eso (Marion, Supermandona y yo ya vamos cuesta abajo). Ella, la veterinaria, les clava una aguja a los desahuciados, mientras que él, Pierre, les retuerce el pescuezo, es

más barato, también más ecológico. Ya le he pedido que me enseñe, no quiere, dice: «¿Dónde acabaríamos si todos los voluntarios fueran capaces de retorcerle el pescuezo a un ave?». Y es verdad, yo, a veces, observando a ciertos voluntarios que brillan por su perfeccionismo técnico, me hago preguntas. No falla: siempre son los más diligentes los que acaban liándola. En las crónicas de sucesos, los mejores enfermeros o enfermeras, los impecables, los que no dejan nada al azar, los preferidos del jefe de servicio... un día, ¡toma!, supuestamente se equivocan de jeringuilla. Eso no me sorprendería de algunos. De Cédric, por ejemplo, el flaco que tiene la cabeza en punta y el pelo pajizo que parece que va a caérsele a mechones si uno tira de él un poco hacia arriba, y sobre todo una forma desagradable de hablarle a las mujeres, incluso a las mayores que él, o a los tipos tímidos como yo, esa superioridad masculina de jovenzuelo que te da órdenes sin mirarte, «a esos ya no tienes que darles de comer, comen solos». Y tú ya no te atreves a cebar a los pequeños verderones, cinco, que se supone que se las apañan solos porque Cédric vio a uno o dos picotear los granos esparcidos por el fondo de la jaula. Y al día siguiente hay uno muerto, uno que era más débil que los demás y en el que tú te habías fijado, uno del que tú, tal vez, habías informado, pero Cédric decía, con su voz de falsete autoritaria: «No, no se les da más de comer, de eso nada, ya tenemos demasiado trabajo». Y por la noche no pegas ojo, y por la mañana vuelves con la mirada preocupada y un nudo en el estómago, y ves que hay un pájaro muerto en el fondo de la jaula, o bien que falta un pájaro si alguien ha pasado antes que tú y ya lo ha recogido y

metido en una hoja de papel de periódico con una etiqueta en la pata, «МТО», ponen «muerto» en estilo telegráfico, y después la fecha, y lo colocan en el frigo grande y el Instituto viene a buscarlos una vez al mes para identificar la causa de la muerte, si es la psitacosis, por ejemplo, nos van a reprochar no haber reaccionado antes, la coccidiosis también, pero eso es más visible, son las cacas verdes, siempre de las palomas, que contagian a los demás.

Los hay que juegan a los enfermeros extremistas, de eso estoy seguro, Cédric justo debe de ser bastante perfecto mecánicamente, seguro que sabe desesperarlas, a las aves, a fuerza de pesarlas todos los días, de decidir por ellas que son lo suficientemente grandes para comer solas o de pasarse con los antibióticos, sin obrar jamás con misericordia, como Pierre, cuando ya no hay esperanza. Yo también sé hacerlo, ya lo hice una vez, en mi casa, con una tórtola que se había golpeado contra mi ventanal y que, a todas luces, agonizaba. Las que se han golpeado raramente sobreviven y no tenía intención de llevarla al refugio para que muriera en una jaula con una ficha debidamente cumplimentada: especie, fecha, lugar, causa («choque ventana»). Llamé a Manju, que ha visto de todo, y le dije: «Manju, ¿qué se hace en estos casos?», y Manju me respondió, con su voz apacible y luminosa de niña perdida que se ha salvado sola —bueno, un poco conmigo, a ratos, pero de todas formas también bastante sola—: «Es muy sencillo, la coges por el cuello, tiras y retuerces, todo el mundo debería saber hacerlo, no se puede dejar que las aves sufran». Eh, sí, así de fácil. Y saber hacerlo da fuerza. Y me digo que es una pena que uno no pueda hacérselo a

sí mismo, simple y llanamente. Una pena, sí, que ni las aves ni los humanos puedan elegir el momento en que basta ya, queremos irnos para siempre. Decidieron el momento de salir del nido, como el niño elige el momento de echar a andar, como nosotros elegimos el momento de dejar un trabajo o de divorciarnos o de cambiar de casa, entonces ¿por qué no el de nuestra marcha definitiva?

Me voy por las ramas. Estaba con Marion, que me decía, viéndome con la todavía no llamada Frufrú, que me besuqueaba con pasión: «Louis, te toma por su madre, llévatela a casa». *Un* mamá. Su madrazo. Eso debió de pensar, Frufrú, en cuanto le lavé y le curé la herida. Pasado el momento en el que me consagré a esa operación un poco traumatizante para ella, comenzó a amarme con frenesí, como si todos esos días en que había recorrido como una loca a zancadas su cercado chocándose con la alambrada hasta sangrar —ese rojo brillante que me había alertado—, buscara, más que la libertad, a alguien que la amara. O, si queremos evitar la palabra «amar», fuente de infinitos malentendidos, a alguien que estableciera con ella un vínculo personal.

Más tarde le dije a Marion —no a Pierre, que siempre nos dice que no debemos encariñarnos— que Frufrú seguía, en casa, dándome mil besitos en la nariz, en la boca, en las orejas, con una suerte de pasión amorosa. «Nunca te abandonaré», me dijo entonces Marion. Eso era lo que yo más deseaba oír en el mundo. Enseguida calculé que su esperanza media de vida coincidía con lo que me queda a mí, en años. Pero cuando salía de casa, o del jardín, en resumen, cuando la perdía de vista, la diablilla me era infiel. Salía pitando hacia el fondo del

jardín, cruzaba la carretera para reunirse con los pescadores plantados en la orilla del lago y se instalaba resueltamente a sus pies. Un día, cuando iba a buscarla, uno de ellos me dijo: «Parece que me ha adoptado». «¡Ah, no! —solté—, ¡es mía!»». En realidad no es de nadie, obviamente, pero en esa época a ella todavía le encantaba la gente, y por eso en mi ausencia cruzaba la carretera para ir a su encuentro. Yo tenía miedo de que la atropellaran, hay chiflados al volante, y ella es pequeña, no se la ve bien.

Pero hay una cosa de la que yo tenía aún más miedo. El cortacésped de France. France es mi vecina, y debo decir que, como todas las mujeres del vecindario están divorciadas y han acabado en casas demasiado grandes para ellas —el barrio es bastante selecto, mi casa es la más pequeña, una portería, de hecho, y France ocupa la casona de al lado, que originalmente estaba vinculada con la mía, o la mía con la suya, más bien, ella señora, yo guarda, así debía de ser en el pasado—, el caso es que como todas esas mujeres están solas y yo soy el único hombre del barrio, lógicamente tengo cosas que hacer, cosas que me piden más a menudo de lo que me correspondería, reparar esto, llevar aquello; soy el indispensable, en cierto sentido, pero sólo para las cosas físicas, obviamente, jamás cosas lo bastante importantes para que me paguen, de vez en cuando me dejan una botella de vino delante de la puerta, eso es todo, esta gente que está forrada es de una tacañería increíble, he tenido tiempo de darme cuenta después de todos estos años cargando con una escalera, podando una rama, moviendo una carretilla demasiado pesada o bajando a su sótano en caso de cortocircuito o fuga de agua. Sólo hay

una cosa que no hago, es tocar su cortacésped, para eso hay especialistas que vienen directamente de la firma, hay un contrato de mantenimiento, porque los robots son frágiles, están informatizados, conectados a una central al fondo del jardín con dos ojitos verdes. Vienen y se colocan dócilmente, los robots, a la hora en que han sido programados, y con France, con el robot de France, siempre es empezar temprano y terminar tarde, cuando ya es de noche, porque France lo que quiere es un césped al ras, sin musgo ni margaritas ni champiñoncitos ni insectos ni aves, lógicamente, así que el robot afeita y vuelve a afeitar y hay que tener en cuenta que las cuchillas, ahí debajo, están increíblemente afiladas, son capaces de cortar una hierba minúscula deseosa de atrapar una gota de rocío, pero también cosas más grandes, a ese robot lo he visto subirse con furia a un zapato abandonado, avanzaba y retrocedía, volvía a la carga, no modificaba su trayectoria como por un árbol o el borde de una terraza, sabía que podía hacerse con él, con el zapato, era una sandalia de tiras, una sandalia de France, que terminó hecha pedazos, una verdadera masacre.

Pues bien, yo tenía miedo por mi Frufrú, que por las noches dormía en cualquier parte en el césped, porque con su ala herida de ninguna manera iba a bajar el terraplén en dirección al lago para colocarse allí, en pendiente, como la gallineta común que había hecho su nido precisamente en ese terraplén, y que al principio nadie veía entre las hierbas altas, salvo aquel día en que los empleados municipales vinieron a desbrozar las orillas del lago. Sólo dejaron, desbrozando todo alrededor —fue un detalle, al fin y al cabo— el nido y

los huevos, y a la gallineta común pegada a su prole envuelta en el ruido de la máquina, una bolita de plumas, negro sobre verde, como una mujer que de pronto se queda completamente desnuda en público, incubando heroicamente sus huevos que, a partir de ese momento, todo el mundo podía ver en cuanto ella se levantaba un poco para estirar las patas o para comer cualquier cosa que bajaba con el río. El resto del tiempo estaba allí, acurrucada sobre sus huevos, dos días estuvo, y después desapareció, un zorro, seguramente, que debió encontrarlos de su gusto, a ella y sus huevos, privados del escondite de las hierbas altas que hasta entonces los había protegido.

El caso es que me convenía más que Frufrú se quedara en el jardín, los jardines más bien, que se comunican, en el césped cortado al ras de las vecinas o en el mío, porque el zorro o un perro callejero no se atreverían a aventurarse cerca de las casas en terreno descubierto. Pero estaba el robot, el cortacésped de France. Fui a buscar a France, le dije: «¿Podrías programar tu cortacésped para que termine antes de que se haga de noche?, porque Frufrú, por las noches, duerme en cualquier parte en la hierba, y en el refugio me dijeron que esos robots acababan hasta con los erizos y con sus púas, que los despedazaban hasta cuando están hechos una bola, hasta a los erizos, que disuaden a los zorros y a los perros, que no queda nada de ellos con los robots perfectamente silenciosos que te alcanzan antes de que te des cuenta». Pero France me dijo que las diez de la noche eran las diez de la noche, por qué cambiar, un ave puede desplazarse, ¿no? No son idiotas, ¿verdad?, ¿o sí? Ya que durante el día —y el día

también era un suplicio para mí, cuando digo que no me he movido en seis meses es cierto, estaba siempre en el jardín o en la ventana, en vilo— la pata se desplazaba por el robot, de algún modo anticipaba su aliento silencioso, bastaba con que lo hiciera también por la noche. Desde luego, pero a mí, durante el día, el corazón me flaqueaba cada vez que veía al robot acercarse a mi Frufrú que descansaba, pero a France le importaba un comino mi preocupación, que viviera en vilo. «Ya que tu pato —decía “tu pato”, no había entendido que era una pata, los machos son más coloridos, seguramente la habría respetado, a Frufrú, si hubiera tenido colores bonitos en vez de su plumaje un poco apagado—, ya que tu pato lo ha comprendido y tiene cuidado por el día, ya que dices que es tan inteligente, pues bueno, basta con que lo comprenda también por la noche, las diez, tampoco es para tanto, eso le da diez horas a tu pato, ya que el robot vuelve a empezar a las ocho de la mañana».

Entonces le propuse que moviéramos las horas. Le propuse a France que me indicara cómo programar su robot-cortacésped, que yo cuidaría bien de él, que incluso podría encargarme de él cuando se fuera de vacaciones, en suma, le hablé como si fuera un animal doméstico, ya que parecía tan unida a su robot, tan incapaz de cambiar sus hábitos. A menudo me digo que esta mujer un poco sola —una luchadora, ojo, de la que no pocos tipos se aprovecharon cuando todavía estaba de buen ver— por fin ha encontrado una compañía, su robot-cortacésped, más sencillo que un gato o un perro, también más limpio, y siempre ahí, presencia diligente y discreta, laboriosa, a la orden, infatigable, y es

verdad que cuando uno ve esa máquina recorrer el césped en todas direcciones parece una especie de tortuga rápida, o de oso hormiguero o de animal exótico con caparazón, la gente que pasa por la orilla del lago se queda fascinada, los paseantes se detienen y miran, a veces los hace reír, y sus perros ladran como si hubieran visto un balón en perpetuo movimiento.

El caso es que tuve mi primera pelea de verdad con France. Tenía la impresión, por primera vez en mi vida, de estar en una escena protagonizada por un viejo matrimonio, y es cierto que con los vecinos cercanos, cuando los jardines se comunican, es un poco así, nos cuidamos, sopesamos los pros y los contras, guardamos las apariencias para garantizar la convivencia, y después un día eso explota, y explotó, yo chillaba, le dije cuatro verdades, que era la mujer de un robot, la llamé así, «la mujer del robot». La gente a la orilla del lago se paraba a mirarnos, sorprendida, tal vez dudaban si intervenir en contra de ese hombre, yo, más bien recio, que le gritaba a una mujer que habría podido ser su madre, menuda, además, aunque con la manicura impecable, la permanente ídem, con las bermudas fucsias y las zapatillas immaculadas y el polo Lacoste de mujer; en resumen, sólo faltaba el palo de golf en ese césped tan muerto como los que utilizan los golfistas, tan liso como el tapete verde de una mesa de juego (France también juega al *bridge*, es su vida social, el *bridge* los viernes por la noche, el golf los domingos, los juegos *online* los demás días, por cierto aquel día, el día de mi revuelta, tenía los ojos muy rojos, los ojos cansados de la pantalla o de vete tú a saber qué, la pena también deja los

ojos fatigados, por suerte que no bebe, si no habría pensado en algo por el estilo).

Me pregunto si Marion beberá sola por las noches, a menos que tome pastillas para dormir, todo porque su marido la dejó por una más joven; en cualquier caso, me dijo: «Si me llamas, mejor hazlo a partir de las doce del mediodía, no soy mañanera». Y por eso se responsabiliza del equipo de la tarde y se encarga de cerrar por las noches, el caso es que nos comemos la limpieza que, si no es perfecta, dará a Supermandona más motivos de oprobio supermandón. Ella, lógicamente, es mañanera, es ella quien encuentra los pájaros que han muerto durante la noche, les ata una etiqueta a la pata, MTO, los envuelve en papel de periódico, los coloca con cuidado en el frigorífico para los muertos. Cédric entretanto anota en las fichas a quién hay que cebar y a quién ya no, lo anota en rojo y lo subraya: «¡No dar más de comer!», y si uno le pregunta con prudencia, al tomar el relevo a mediodía, si está seguro de eso, entonces hay que ver qué humos, parece un gran cirujano, un jefe de servicio del hospital universitario, y dice que es así y punto, con su aire de superioridad. He notado que sus ojos se apartan, como si, en lo más profundo de su ser, tuviera miedo de cruzar una mirada, al contrario que Supermandona, que te radiografía con los ojos para poder informar a quien corresponda. Mientras que Marion, su mirada confunde, la tristeza la hace vacilar, la compasión la ilumina, la rebelión la oscurece, es una mirada que se mueve, que se adapta, que ama a la gente, vamos, y sobre todo a sus «chirimbolitos emplumados», como ella dice. Me pregunto de dónde habrá

sacado esa palabra para los pájaros, «mis chirimbolitos», no he encontrado ninguna definición en internet, sólo que tiene que ver con electrodomésticos u otros aparatos, son chismes pequeños, botones, válvulas, yo qué sé, uno los aprieta y en teoría funcionan, algo así. Y como Marion es una manitas de primera, visto que su marido la abandonó hace mucho tiempo, puede que le venga de ahí, lo de los chirimbolitos, esas tonterías que te salvan, que vuelven a poner la maquinaria en marcha, y tanto para ella como para mí eso son los pájaros, un cielo sin pájaros, nos morimos, y sin embargo eso es justamente lo que con toda probabilidad va a pasarnos.

Porque lo dicen los periódicos, que los pájaros de aquí se han reducido a la mitad en treinta años. Yo, hace treinta años, tenía veinticinco y ya observaba los pájaros sin saber que un día, en un refugio para heridos, vería de año en año escasear los más refinados, los más cantores, currucas capirotaadas, jilgueros lúganos, mosquiteros musicales, pardillos comunes, carboneros palustres, lavanderas claras, trepadores azules, camachuelos, pinzones reales, en beneficio de gordas palomas feas y enfermas. Y la prueba es que me divierte mucho menos ir a trabajar al refugio por culpa de todas esas jaulas que apestan llenas de gordas palomas apretujadas que no podemos ni matar ni soltar, entonces ¿qué? ¿Les encontramos una pajarera en algún sitio? Marion a veces suelta alguna en secreto, por la noche. Al día siguiente dice que forcejeó durante el pesaje y que echó a volar por una ventana abierta, se disculpa. Pierre no dice nada, cuando se trata de Marion hace la vista gorda. Supermandona ruge en el foro de internet, o más bien no, nos lee la cartilla a

todos doctamente con una recomendación mandona y clara: «Cerrad siempre la ventana cuando peséis a los pájaros, y no olvidéis pesarlos una vez al día sin falta, ¡y no los cambiéis de jaula sin avisar a Pierre!». Pero Marion y yo los metemos en una jaula más grande cada vez que una jaula más grande se queda libre, y no los pesamos jamás, apuntamos en la ficha un peso ficticio, un poco distinto del de la víspera, en general un poco superior. Evidentemente, si Supermandona o Cédric ven al día siguiente que han adelgazado, eso nos complica las cosas, pero bueno, a lo más que nos arriesgamos es a una crítica no personalizada en el foro, jamás escriben «Marion», sólo un comentario general, y todo el mundo sabe a quién va dirigido, pero nadie dice nada, porque sin Marion, que viene casi todos los días porque su marido se fue, sin ella, que sustituye a quien sea en el último momento siempre que no sea por la mañana, el refugio se vendría abajo.

Bueno, la pata. Frufrú. Pierre estaba de acuerdo. O más bien Marion me dio permiso y esa misma noche la metió en una caja de cartón, después ya tenía que apañarme yo. ¡Pierre estaría de acuerdo! También me dio una jaula grande. Con eso bastaría por un tiempo. Y Pierre, al día siguiente, lo llamé por teléfono para decirle que tenía a la pata, que estaba contenta en mi casa, a simple vista, y él dijo: «Muy bien, pero tráemela un día, que la anille». Le caigo bien, creo, tal vez porque no escribo nunca en el foro, cuando tengo algo que decir le escribo a él personalmente, en términos que sopeso y elijo, y eso lo distrae, en mi opinión, del torbellino de *posts* de voluntarios en el foro, pues siempre me responde de forma lapidaria aunque sabia. Fue él quien me dijo que Marion

era «generosa pero especial», y que entre Dona y ella había «una rivalidad constante». El caso es que «mejor no meterse demasiado, porque necesitamos a todo el mundo», aunque es verdad que «una es un poco obsesiva» (Dona) y «la otra a veces toma demasiado la iniciativa» (Marion). Comprendí de golpe el equilibrio en el que se mantenía el refugio, los dos platillos de la balanza, Supermandona-Marion, y la palanca en el centro (aunque Pierre no se apalanca, Pierre equilibra).

Manju no es de las de *un poco* esto o *un poco* aquello, ella es todo o nada, pero sólo en lo que le concierne a ella, no le exige nada a nadie, tampoco hace reproches, ni siquiera da consejos, si no aprueba algo se calla, como para ahorrar energía o evitar perder el tiempo, y por lo demás anima, y cuando lo hace, siempre tengo la impresión de que eso también le sirve a ella, de que lo necesita todos los días de su vida desde que su madre la abandonó en un orfanato, allá en la India, y después la adoptó una pareja de aquí que ya tenía hijos, una pareja que quería ser heroica, «tenemos la suerte de tener cuatro hijos propios, adoptemos al resto, queremos por lo menos seis», el tipo de razonamiento que tal vez valga para los refugios de animales pero no para los niños, en mi opinión. Y después se divorciaron, esos padres adoptivos, y los niños fueron a la deriva, sobre todo los adoptados, Manju y su hermano, que estaba perdido lo que se dice perdido. Manju alquiló una habitación en casa de France, en un momento dado, así la conocí, pasaba como una aparición, con su gran bolsa de la ropa sucia a la espalda porque France no había previsto una lavadora para sus inquilinos, a quienes se rogaba que fueran a la lavandería a tres kilómetros de allí. Le propuse a Manju

que lavara la ropa en mi casa, no quiso, pero vino a tomar algo, y así empezó aquello, nos saludábamos, tomábamos algo. Y después se fue a otro sitio y de vez en cuando nos enviábamos un mensajito para que no costara muy caro, Manju es una experta en mensajes que pulverizan la barrera del sonido, sus respuestas son tan rápidas como kilométricas. Yo sin gafas no veo y tengo los dedos demasiado gordos, así que mis mensajes son breves pero siempre muy pensados, reflexiono para encontrar la fórmula más corta y amable antes de ponerme a escribir. Pero la semana en que tuve que irme para ver a mi padre en Alsacia, mientras buscaba perdidamente una solución que me evitara llevar a Frufrú de vuelta al refugio, a una jaula en la que se volvería loca, le hablé a Manju de mi angustia en un mensaje definitivamente más largo, y Manju me respondió, por una vez, con brevedad: «No te preocupes, yo me encargo de todo, voy para allá».

Manju ahora también vive en un refugio, en fin, en una especie de refugio. Una casa comunitaria para gente como ella que ha hecho tonterías, con una cita semanal con un psiquiatra, todo gratis, parece nuestro refugio de pájaros, salvo porque esas personas no están en jaulas, evidentemente. Y porque limpian ellos mismos, y se hacen la comida, huelga decirlo. Y también huelga decir que Manju se lo hace todo a todo el mundo, la limpieza y la comida, es una mamá. Sin embargo es joven, y pequeña, y delgada, exanoréxica, eso era en la época de France, cuando la veía pasar con su bolsa de la ropa sucia que cada vez parecía más desmesurada, de hecho era ella quien menguaba, era aterrador verlo, y jamás, jamás, quiso comer en mi casa, creo que no comía nada en

absoluto, o en todo caso comía a horas en las que nadie come, por la noche, como las garduñas o los turones. Y su intento de suicidio —sí, podríamos llamarlo así—, al final eso la salvó, después de que desapareciera de casa de France, con su mochilita, y se encontrara en medio de la nada, bajo un puente. Porque cuando me envió un mensaje diciéndome que había tomado pastillas y ginebra y que sentía que se iba, yo inmediatamente llamé a emergencias y describí el lugar, visto que no habría podido, sin coche, llegar lo suficientemente rápido. Y una vez que la policía la rescató y la internaron en el centro donde está ahora, con un médico y un psiquiatra y una asistente social para poner en orden sus papeles, salió a flote. Desde entonces le dan seguimiento regularmente, como nosotros a los pájaros, supongo que a ella también la pesaban al principio regularmente, sea como sea en aquel momento decidió ser la mamá de los perdidos que tenía alrededor.

Y eso me recuerda otra anécdota del refugio, una historia real pero increíble, Pierre además dijo que en toda su carrera de ornitólogo jamás había visto una cosa igual. Es una joven mirlita, caída del nido, que metimos, como hacemos con todos los caídos del nido, en la incubadora, y cebamos, y después, cuando son autónomos, los metemos en una jaula más grande. Al llegar el buen tiempo tenemos muchas crías de mirlo, pues en cuanto dejan el nido bajan al suelo, donde su madre las alimenta, lo que las convierte en botín de los depredadores. O de la gente que las recoge, estúpidamente, creyendo que hacen lo correcto, no saben que hay que dejar que la naturaleza siga su curso. Desde siempre, las mamás

mirlas alimentan a sus crías en el suelo, de ahí, cuando están gorditas, van hasta una rama baja, después hasta una más alta, y prueban a volar. En fin, sea como sea, en temporada alta tenemos un montón de crías de mirlo que la gente ha recogido y que hay que seguir cebando, incluso después de que salgan de la incubadora, y os aseguro que son agotadoras, con sus picos abiertos de par en par y sus píos desenfrenados. Y un día nos dimos cuenta de que nuestra mirlita, que ya era adulta —esperábamos a que Pierre pasara, aquella semana, para anillarla y soltarla—, alimentaba a las cinco crías de mirlo que había a su alrededor, como habría hecho su madre, salvo que ella no era su madre, sólo una compañera de cautividad. Las atendía sin descanso todo el día, picoteando en su propio comedero los gusanos que criamos en las cubetas de serrín donde se pudren unas cuantas pieles de plátanos demasiado maduros, y que bullen, rollizos y regordetes, y llevándoles esos gusanos en la punta del pico uno tras otro a sus pequeños protegidos, que se los tragaban sin respirar pidiendo más. De forma que la mirla no paraba jamás, activa y completamente feliz, al parecer, de tener una actividad tan positiva, amorosa quizá, ¿qué sabemos nosotros? El caso es que Cédric, otra vez él, sugirió que no soltáramos a la mirlita, que la dejáramos en aquella jaula, con las crías, hasta que acabara la estación, para ahorrarnos trabajo: al menos habría una jaula de la que no tendríamos que preocuparnos, todas las crías de mirlo cebadas sin tener la obligación de ir cada cuarto de hora con un gusano que se retuerce en la punta de los dedos, o en la pinza de plástico en el caso de los más torpes del grupo. El caso es que la valiente mirlita se quedó

allí, a alimentar en modo estajanovista y, al final del verano, soltamos a las crías de mirlo ya crecidas todas juntas, tata incluida, como una familia numerosa que por fin tiene los medios para irse de vacaciones porque todos son ya más o menos autónomos. Y Pierre dijo riéndose que jamás había visto una cosa igual, un pájaro que se hace responsable de los que tiene alrededor, de otra camada. ¡Quién lo iba a decir! En el refugio, a veces hay sorpresas bonitas.

La sorpresa más bonita, en lo que respecta a Frufrú, llegó vía Manju. El caso es que yo tenía que ir a ver a mi padre, quedarme allí una semana —de todas formas está a quinientos kilómetros—, y necesitaba que alguien cuidara de Frufrú que, en aquel momento, estaba mejor pero no volaba, simplemente batía las alas, de vez en cuando, como para desarrollar la musculatura, lo que hacía que en mi corazón se encendiera una chispa de esperanza irracional. Pero siempre acababa por replegar las alas, la izquierda todavía visiblemente frágil, la articulación distendida. Un ave asimétrica, en cierto sentido. Y yo me decía que el restablecimiento del equilibrio era inminente, que pronto, o tal vez un poco más tarde, la articulación herida se fortalecería y que las dos alas se enderezarían, ambas quedarían a la misma altura, listas para elevar a Frufrú, a llevarla hacia otros horizontes, que yo esperaba no demasiado lejanos, el lago vecino, por ejemplo.

A decir verdad, con gusto habría pasado de mi padre, pero el deber filial existe. Dos veces al año voy a verlo una semana, e imposible explicarle eso de que hay un pato que no puede pasar sin mí, se habría reído en mi cara. Para mi padre, un animal herido o un árbol de edad honorable deben

ser eliminados, también la gente si es vieja o está deprimida. Encuentra lógico y, todo sea dicho, ideal, que los suicidas se suiciden, por ejemplo, que ahuequen el ala, y siempre ha dicho que encuentra ridículo que gastemos tanto dinero de nuestros impuestos en los discapacitados. Curioso que no aplique este razonamiento a sí mismo, ahora que va en silla de ruedas y tiene a domicilio todas las mañanas una enfermera que lo asea, todo pagado por la seguridad social. Así que un caso, mi padre, pero de todas formas una obligación. Dicho esto, debido a Frufrú, me pregunté si no iba, por fin, a emanciparme definitivamente y a abandonar a mi padre a su suerte durante aquella semana y para siempre; un montón de gente consigue hacerlo, las residencias de ancianos están llenas de padres viejos abandonados que nadie va a visitar, pero yo encuentro indigno hacerlo si el susodicho padre está a las puertas de la muerte, es demasiado fácil, considerando que la decisión habría podido tomarse decenios antes, con auténtico coraje.

El caso es que Manju llegó a mi casa, con su eterna mochilita que no contenía gran cosa, me había comprado chocolates con su exigua prestación, es una de esas buenas mujeres que siempre quieren dar, dar, sin recibir nada a cambio. La perspectiva de pasar una semana a la orilla del lago en vez de recorrer su inmueble colectivo en compañía de sus protegidos ávidos de contacto y de cháchara le encantaba. «Adoro estar sola —me dijo—, no te preocupes».

Así que, después de enseñarle su habitación —la mía, bien ordenada para la ocasión—, fui a presentarle a Frufrú, que estaba en el césped, a la hora habitual de su siesta. Le

expliqué, a distancia, que con ella había que ir con mucha calma, asumir que habría largos momentos de inactividad antes de que se dignara a bendecirla con la gracia de su presencia y hurgar en su pelo, si es que aceptaba tumbarse en la hierba sin hacer nada.

Entré en la casa para hacer la maleta y vi a Manju sentarse en el césped. Después, medio tumbarse. Después, acostarse y cerrar los ojos. Y Frufrú, que hasta ese momento fingía dormir a veinte metros, de repente se movió, se puso en marcha con su contoneo y, cuanto más cerca estaba de Manju, más aceleraba, como hace conmigo cuando me quedo completamente inmóvil. Y ahí que estaba frente a Manju, apenas una duda, apenas unos pocos picotazos en las pantorrillas para ponerla un poco a prueba, y allí que se subió al cuerpo delgado, inmóvil, de Manju, lanzándose con energía al asalto de su melena negra como el ébano, más abundante que la mía, y hurgando en ella con furia, enardecida por este nuevo encuentro con un cráneo humano. Manju no movía ni un pelo, increíblemente impasible, pero yo adivinaba su sonrisa, inmensa, y sus ojos, que seguían cerrados.

Más tarde, cuando terminé de hacer la maleta, vi, desde la ventana del salón, que estaban las dos de lado, la una contra la otra. Y supe que no había nada de qué preocuparse.

Transcurrió la semana en casa de mi padre. Abatimiento en dosis masiva, todo sea dicho, yo también me sentía viejo, andando en círculos sin perspectiva. Afortunadamente, recibía un mensaje al día. «Todo va bien, Frufrú es adorable, nos llevamos bien», etc. No me habría sorprendido si Manju me hubiera dicho que dormía fuera, por las noches,

para neutralizar al robot de France. O simplemente para ver cómo la luna blanqueaba el lomo de Frufrú, inmóvil, indiferente a los peligros nocturnos.

Y después, el día de mi regreso, apenas había soltado la maleta cuando Manju corrió hacia mí gritando: «¡Ha volado, ha volado!». Y añadió: «¡Parece que ha querido hacerte un regalo de bienvenida!». Salí al jardín a toda velocidad. Y allí, vi a mi Frufrú batir larga y vigorosamente las alas, como hacía a veces antes de mi marcha, como no lo hace ningún pato en buen estado, el pato en plena forma levanta el vuelo sin esfuerzo, de golpe, antes de seguir una trayectoria rectilínea y posarse más allá. Pero ella, ella despegó a fuerza de movimientos furiosamente decididos, como si volviera a ensamblar un mecanismo desgastado por el tiempo, y se marchó tambaleándose de manera preocupante. Tenía la impresión de que iba a volver a caerse y a romperse una pata u otra cosa, pero mantenía el rumbo, ¡ah!, un rumbo bien modesto: nosotros. Consistía en dar una pequeña vuelta y después volver hacia nosotros, como en una demostración de aviones ligeros para familias reunidas un domingo en el transcurso de una celebración veraniega. El caso es que ella, a diferencia de sus congéneres que ejecutan amplios bucles, cuando no se contentan con ir todo recto, el caso es que ella, decía, hizo ese pequeño giro torpe, un poco ridículo incluso, como una patinadora novata que se lanza por primera vez, fue conmovedor y no muy ortodoxo, me dije que todavía había que esforzarse para que aquello pareciera algo, pero por fin había ocurrido: volaba, sabía volar.

Y pensé que duraría para siempre.

Manju no se atribuyó ningún mérito. Para ella, Frufrú había sentido, un minuto antes, el momento de mi regreso y había querido hacerme un regalo. Que también era un regalo para Manju, por supuesto, un «gracias» formidable. En resumen, las tres estábamos —me atrevo a incluir a Frufrú que, después de posarse acrobáticamente de costado, vino hacia nosotros henchida de orgullo—, el caso es que estábamos triunfantes (lo pongo en femenino porque al fin y al cabo yo soy, en esta escena, el único representante del sexo masculino). Manju se fue aquel mismo día en tren, siempre temerosa de molestar. Y además, sus protegidos sin duda la esperaban, seguro que la habían acribillado a mensajes toda la semana, «¿Cuándo vuelves?», «Nos aburrimos sin ti», «No comemos bien», «Ya no paseamos». Iba a volver a su inmueble comunitario y a su vida de abeja industriosa. En mi casa había descansado mucho, se había divertido mucho con Frufrú, se veía en su sonrisa, en sus mejillas un poco más rellenas.

El día siguiente y los sucesivos, esperaba que Frufrú volviera a hacerme su número de vuelo. Que cada día ganara un poco más de seguridad. Que llegara hasta el otro lado del lago. Habría aceptado perderla con gusto, incluso, a cambio de un vuelo verdaderamente incomparable, que pulverizara los récords de los patos que chapoteaban en la distancia y con los que ella no se mezclaba jamás. Además, soñaba con un compañero para ella, con unos patitos. Con una vida normal, vamos.

Pero nada. Como si no hubiera pasado nada. Como si no la hubiéramos visto, con la boca abierta, hacer su número

de acrobacia aérea. Y hasta desapareció dos días tras la marcha de Manju. Durante dos días no volví a verla. Me temía lo peor. O lo mejor: un encuentro amoroso a la orilla del lago, por ejemplo. Como no la veía regresar, pregunté a los pescadores, a los paseantes, a los ciclistas. Y di toda la vuelta al lago, varias veces. Todos los patos ya estaban emparejados, empiezan temprano, en otoño. Chapoteaban de dos en dos mientras que, unas semanas antes, habían frecuentado las riberas en grupo como una clase de niños que herboriza, salvo que sus plantas, los patos se las comen, pacen las algas y el fango.

Por fin, con el corazón apesadumbrado, despegué la mirada de las riberas desesperadamente vacías de Frufrú, y miré a lo lejos. Y allí, en medio del lago, vi una pequeña silueta de pato, de pata más bien, dado su discreto plumaje. En mi desasosiego, huérfano de ella, la llamé, grité: «¡Frufrú, Frufrú!», y la gente, sorprendida, me miraba. Pero ella, esa pata que tomé por Frufrú, huía siempre más lejos, siempre en el centro del lago, evitando cuidadosamente las orillas donde yo gesticulaba inútilmente. Me dije: es ella, ha encontrado su libertad, solitaria como Manju y como yo. Y tuve una certeza, terrible y consoladora al mismo tiempo. Sí, seguro que era ella, esa ave solitaria como un puntito sobre un hule o una barquita en pleno océano. Yo temblaba, el corazón me ardía de amor sublimado, el viento soplabla, el cielo era gris y salvaje, pero de vez en cuando un sol pálido hacía resplandecer las olitas, todo estaba un poco sombrío pero vivo, contrastado, lleno de esperanza.

Volví con paso lento, completamente molido a causa de las emociones contradictorias. Pero cuando entré en mi jardín, ¿qué es lo que vi? A Frufrú al pie de mi árbol, mi único árbol, mi tilo. No se movía, tenía un aire extraño, como dolorido, así que no era ella la que navegaba libremente por el centro del lago. Me acerqué, le dije unas palabras tiernas, no se movía, parecía agotada. Quise cogerla, ver qué es lo que le pasaba. Se enderezó torpemente, se alejó un poco, y allí vi que su ala colgaba otra vez, como antes, como si hubiera que empezar de cero. Sentía su abatimiento tanto como el mío. Algo se elevaba y después caía, en nuestras vidas. Algo no despegaba.

Había que tomar una decisión. Informé a Pierre, a Marion, a Manju. Todos me dijeron: «No te preocupes, así se quedará siempre a tu lado. Vivirá su limitada vida sabiendo que la proteges, que existe un lugar en el que está segura, donde siempre habrá grano, incluso en pleno invierno, cuando hiela». Como si ellos mismos hubieran olvidado que el objetivo de una «revalidación», como decimos en el refugio —una palabra igual a «relación», si quitamos algunas letras—, es en todo caso devolver al ave a una vida plena y completa, tras una pequeña ceremonia festiva, a saber: Pierre, y sólo él, sacando delicadamente al pájaro de su jaula, anillándolo con destreza, un anillo grabado con un número que lo ubicará para siempre en la gran comunidad de los pájaros liberados, y después saliendo del refugio, el pájaro en el hueco de la mano, y allí, de pie bajo el cielo siempre clemente en esos días y los árboles que susurran con un tono particularmente propicio, simplemente abriéndola,

esa mano... ¿Qué se siente al abrir la mano, al notar que alguien se marcha, al asistir a su ascenso, a su vuelo hacia las frondosidades, hacia el cielo azul como un grito? Pero ahí estamos, en una posición inmejorable, Marion, Pierre y yo, para saber que eso no siempre es posible.

Retomamos nuestra vida anterior, Frufrú y yo. Con un poco menos de estrés: la esperanza se había esfumado, vivíamos en la realidad, en la costumbre, sin otro horizonte que nuestra tranquila convivencia. Yo ya no me tumbaba en la hierba, que ahora estaba fría y húmeda. Como el invierno avanzaba, France había desprogramado su robot y no se dejaba ver, pegada a su ordenador. En el lago, las patas y los patos andaban estrictamente en pareja, se volvían más prudentes, más discretos, debido a la ausencia de vegetación. Frufrú había alcanzado sus dimensiones adultas. Era un poco más maciza que las demás, debido a la falta de ejercicio y también a la buena comida, el grano que yo le daba sin falta cada mañana. Aparecía y desaparecía, a veces incluso chapoteaba en la orilla del lago. Un día la vi en compañía de otra pata, y el corazón me dio un brinco de esperanza: otra soltera para mi amiga solitaria, la idea me gustaba, me tranquilizaba. Chapoteaban juntas, pero cuando me acercaba, la otra huía, mientras que Frufrú me observaba agachando la cabeza, como hace siempre: ¿voy a ir hacia él o a quedarme donde estoy? Siempre terminaba por venir y entonces me seguía, trotando, hacia el depósito del grano. Por eso, aquello, con la otra, no duró. De todas formas, aquella debía de tener un pretendiente en alguna parte, así es la vida.

Una mañana, cuando iba a buscar a Frufrú, más bien a llamarla, o a invitarla a venir, se quedó plantada en medio del jardín, como indecisa, una indecisión que, a distancia, me pareció enternecedora. Y después, como para reflexionar a su aire, o porque todo lleva su tiempo, se quedó allí descansando un día entero, durmiendo con un ojo abierto, como hacen todos los patos. Y yo la miré durante horas desde mi ventana, pequeña vigía cuyo perfil se recortaba sobre el horizonte, con su ala izquierda todavía colgando ligeramente.

Fue observándola cuando comprendí lo que significaba su inmovilidad. Algo o alguien estaba diciéndole: «Ha llegado el momento de elegir entre los humanos y tu auténtica vida, la vida para la que naciste». Entonces decidí no ir hacia ella, no llamarla más: «Frufrú, Frufrú», con los chasquidos que hago al mismo tiempo. Quería dejar que eligiera por sí misma, como la adulta en quien se había convertido a mi lado, con sus alas por fin crecidas, su *espejo* de pata grande, esa zona de plumas azules y negras que resalta sobre el castaño claro de alrededor, sí, a eso se le llama *espejo*, y le iba que ni pintado, a ella que reflejaba todas mis emociones, a ella que había llegado, después de mucha paciencia e impaciencia, a convertirse en alguien que sabe lo que quiere. La prueba: desde hacía un tiempo, de vez en cuando batía de nuevo las alas, como para levantar el vuelo o convencerse de que aquello volvería algún día... y yo, yo esperaba, esperaba, ¡me habría gustado tanto verlo otra vez!

Pierre, que la había examinado con la autoridad que le confería ser ornitólogo, pensaba que a pesar de todo tal vez consiguiera volar. Marion me decía: «Es capaz de un

milagro, con su carácter». De todas formas, una pata que no vuela siempre puede nadar y encontrar un compañero e incubar sus huevos y cuidar de sus patitos. Incluso puede, si no hace todo eso, o si nadie la acepta, seguir siendo un ave solitaria igual que yo, que soy un solitario, se puede sobrevivir, por lo menos eso espero, en todo caso todavía no la he encontrado muerta. Sea como sea, aquel día, el último día, simuló reflexionar, después dormir, después despertarse, y entonces, con paso decidido, sin mirar atrás ni una sola vez, se dirigió hacia el fondo del jardín, atravesó la carretera por su cuenta y riesgo y se deslizó en el agua.

No he vuelto a verla jamás.